



PARROQUIA

PADRE NUESTRO

Núm. 1.111

III Domingo Pascua



Alameda de Osuna.
Avda de Cantabria 4
28042- Madrid
Telf.917652110
www.padrenuestro.es

2019.05.05

SIN JESÚS NO ES POSIBLE

El encuentro de Jesús resucitado con sus discípulos junto al lago de Galilea está descrito con clara intención catequética. En el relato subyace el simbolismo central de la pesca en medio de mar. Su mensaje no puede ser más actual para los cristianos: sólo la presencia de Jesús resucitado puede dar eficacia al trabajo evangelizador de sus discípulos.

El relato nos describe, en primer lugar, el trabajo que los discípulos llevan a cabo en la oscuridad de la noche. Todo comienza con una decisión de Simón Pedro: «*Me voy a pescar*». Los demás discípulos se adhieren a él: «*También nosotros nos vamos contigo*». Están de nuevo juntos, pero falta Jesús. Salen a pescar, pero no se embarcan escuchando su llamada, sino siguiendo la iniciativa de Simón Pedro.



El narrador deja claro que este trabajo se realiza de noche y resulta infructuoso: «*aquella noche no cogieron nada*». La «noche» significa en el lenguaje del evangelista la ausencia de Jesús que es la Luz. Sin la presencia de Jesús resucitado, sin su aliento y su palabra orientadora, no hay evangelización fecunda.

Con la llegada del amanecer, se hace presente Jesús. Desde la orilla, se comunica con los suyos por medio de su Palabra. Los discípulos no saben que es Jesús. Sólo lo reconocerán cuando, siguiendo dócilmente sus indicaciones, logren una captura sorprendente. Aquello sólo se puede deber a Jesús, el Profeta que un día los llamó a ser "pescadores de hombres".

La situación de no pocas parroquias y comunidades cristianas es crítica. Las fuerzas disminuyen. Los cristianos más comprometidos se multiplican para abarcar toda clase de tareas: siempre los mismos y los mismos para todo. ¿Hemos de seguir intensificando nuestros esfuerzos y buscando el rendimiento a cualquier precio, o hemos de detenernos a cuidar mejor la presencia viva del Resucitado en nuestro trabajo?

Para difundir la Buena Noticia de Jesús y colaborar eficazmente en su proyecto, lo más importante no es "hacer muchas cosas", sino cuidar mejor la calidad humana y evangélica de lo que hacemos. Lo decisivo no es el activismo sino el testimonio de vida que podamos irradiar los cristianos.

No podemos quedarnos en la "epidermis de la fe". Son momentos de cuidar, antes que nada, lo esencial. Llenamos nuestras comunidades de palabras, textos y escritos, pero lo decisivo es que, entre nosotros, se escuche a Jesús. Hacemos muchas reuniones, pero la más importante es la que nos congrega cada domingo para celebrar la Cena del Señor. Sólo en él se alimenta nuestra fuerza evangelizadora.

TÚ SABES QUE TE QUIERO

Lecturas: Hch. 5,27b-32.40b-41 / Ap. 5,11-14

Jn. 21, 1-19. En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: —Me voy a pescar. Ellos contestan: —Vamos también nosotros contigo. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: —Muchachos, ¿tenéis pescado? Ellos contestaron: —No. Él les dice: —Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: —Es el Señor. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: —Traed de los peces que acabáis de coger. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: —Vamos, almorcad. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Él le contestó: —Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: —Apacienta mis corderos. Por segunda vez le pregunta: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él le contesta: —Sí, Señor, tú sabes que te quiero...

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación. El texto del evangelio de hoy está configurado en torno al amor, tanto el de Jesús como el del discípulo amado. Jesús y el discípulo amado han de ayudar a amar bien a Pedro.

Nos preguntamos. El amor entre nosotros, ¿busca atrapar a los demás? O, ¿voy descubriendo que crezco en el amor en la medida en que dejo de apropiarme de los otros? ¿Mi amor busca sacar lo mejor del otro para que el otro sea cada vez más él mismo? O, ¿me relaciono con los otros para satisfacer mis intereses?

Nos dejamos iluminar. Con frecuencia pensamos que tenemos derecho a ser amados. El Evangelio nos enseña que no tenemos ningún derecho a ello. Es don de nuestros padres por el cual descubrimos que Dios nos amó primero y Cristo Jesús quiere que Pedro se deje amar a pesar de haberlo negado. Aprendemos a amar al estilo de Dios cuando hemos aprendido primero a «obedecer» a personas que nos aman. El domingo próximo descubriremos que hay dos tipos de «obediencia» porque hay dos tipos de autoridad. Y hoy, en el Evangelio, Jesucristo manifiesta su autoridad preguntando: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?».

Seguimos a Jesucristo hoy. Si hemos tenido la suerte de que nuestros padres o gente de nuestro entorno han sido un referente de amor en nuestras vidas, démosle gracias a Dios porque esas personas han sido la mediación que Dios nos ha puesto para poder amar a Jesús y a Dios Su Padre y nuestro Padre. Ojalá que podamos decir un día a nuestros padres: ¡GRACIAS, PAPÁ Y MAMÁ POR SER MIS PADRES! Y ojalá podamos, de la misma forma proclamar: ¡GRACIAS, DIOS MÍO, ¡POR SER MI PADRE!

Proclamamos la Palabra: Juan 21, 1-19